

PIO IX PAPA.

Al Venerable Hermano José Luis, Obispo de Nueva Pamplona en la América meridional.

Venerable Hermano, salud i bendición apostólica. Hemos visto en la carta, fechada en ocho del último mes de enero i que hemos recibido recientemente, un nuevo testimonio de vuestra fidelidad, amor, sumisión i decisión hacia Nos i hacia esta Cátedra de Pedro. En dicha carta deplorais i detestais vehementemente los mui infucos i sacrílegos atentados cometidos contra Nuestra potestad civil i la de esta Silla Apostólica i contra el patrimonio del Bienaventurado Pedro, por esos hombres enemigos de la Iglesia católica i de esta Santa Sede que no tienen reparo de conculcar todo derecho divino i humano.

Fácilmente podreis comprender cuánto consuelo nos habrá producido entre Nuestras mui acerbas angustias la espresion de vuestros sentimientos religiosos, dignos por cierto de toda alabanza, bien que para Nos no hayan sido nuevos ni inesperados.

No dejes, Venerable Hermano, en union de vuestro clero i pueblo, de dirigir a Dios fervorosas oraciones para que liberte a su Santa Iglesia de tantas i tamañas calamidades; para que desde el oriente hasta el ocaso la adorne dia por dia con nuevos i mas espléndidos triunfos; para que Nos ayude i consuele en toda Nuestra tribulacion; i para que con su poder omnipotente se digne reducir a sendas de verdad, de justicia i de salvacion a todos los enemigos de la Iglesia i de esta Silla Apostólica.

Por lo mismo que no se os oculta la mui cruda guerra que en estos luctuosísimos tiempos sufre nuestra Santísima Religión, por eso no dudamos de que confiado en el auxilio divino continuéis con espontaneidad i celo cada vez mas crecientes en defender esforzadamente la causa de la misma Religión, en mirar asidua i sabiamente por vuestra grei i en desenmascarar las malas artes, perseguir los errores i contener la audacia de los enemigos.

Perseguadnos por último de que es mui distinguida la benevolencia que os profesa Nuestro corazón paternal, i en prenda mui segura de ella, recibid la Bendición Apostólica que, con íntimo i cordial afecto, os damos amorosamente a vos, Venerable Hermano, i a todos los fieles clérigos i legos confiados a vuestra vijilancia.

Dado en San Pedro de Roma a 29 de marzo de 1860. — Año décimocuarto de Nuestro Pontificado.

PIO IX PAPA.

EL CATOLICISMO.

EL SACERDOCIO EN EL SIGLO XIX:

ARTÍCULO II.

(Véase el número 432)

Vengamos ahora a los obstáculos que a cada paso encuentra el sacerdote en el cumplimiento de su mision: la literatura i la poesia, el teatro i la prensa periódica se han hecho cargo de suscitar a los ministros de Jesucristo dificultades de todo jénero i hasta la filosofía i la historia misma parecen grandemente empujadas en ello, desnaturalizando para el efecto los hechos mas evidentes i destruyendo las nociones mas sencillas. Por todas partes estalla, pues, la guerra de la impiedad i la indiferencia de las ideas religiosas, la guerra eterna del vicio contra la virtud; i en medio de tamaños i multiplicados ataques; ¿qué pueden la inte-

lijencia i el corazón de una naturaleza siempre débil e inclinada al mal?

Perturbado una vez el espíritu, se deja ablandar el corazón; i desde el momento en que el hombre pone manos en el fruto del árbol de la ciencia del mal, lo coje con avidéz, aun cuando esta adquisicion le cuesten nada ménos que la pérdida de su fé i la muerte de su inocencia. Es esa la triste historia de una multitud de hombres de nuestros dias, sin que haya en ello materia de sorpresa i asombro; pues se requiere una fuerza de alma casi heroica para resistir a todas las seducciones con que tantos escritores sin creencias i sin honradez excitan hoy las pasiones humanas: i en estos desórdenes ¿cuál ha de ser la accion del sacerdote? ¿Por ventura la inteligencia una vez subyugada por el cebo de una libertad que lisonjea el amor propio, o vencida por la lójica del sarcasmo, ha de ir a sujetarse voluntariamente a las razones serias i concienzudas del hombre de Dios?

A las producciones en que con tanta audacia se desarrollan las fatales doctrinas de la incredulidad o del materialismo, es en vano que oponga el sacerdote aquellas en que se establecen los dogmas católicos, las pruebas que los justifican, la defensa de una fé de diez i nueve siglos; en vano, porque las primeras son leídas i releídas hasta ser devoradas en tanto que las otras son rechazadas o miradas con irrision, pues la burla ha venido a ser el cómodo i agradable expediente de desembarazarse de un exámen que hai interes en evitar: así es que ¿quién no se rie hoy de Dios? ¿quién no se rie de su Verbo? ¿quién no se rie de la Iglesia i de sus enseñanzas? Pero sabrán estos burlescos si quiera, quién es Dios, quién es el Verbo, qué cosa sea la doctrina católica? No, la risa los dispensa de todo: se rien i todo está ya concluido: ese es el argumento mas comun de la mitad de los escritores que tratan estas materias tan poco adecuadas a su pluma impia i frívola; ese es el raciocinio de la mitad de los aturdidos espíritus que los leen, pues a cada momento nos enseña la experiencia que de cien personas que se declaran hostiles a la religion, no hai tres que sepan dar cuenta de los dogmas que aquella enseña.

Esta ignorancia voluntaria es una de las grandes dificultades que encuentra el sacerdote en el cumplimiento de su mision, porque qué decir a hombres que se jactan de no saber nada en materias religiosas i que tienen a honra el no querer conocer lo que ignoran? I sin embargo, establecido por Dios para ser la luz del mundo, no teme el sacerdote la discusion sino que la desea, la busca i late de placer su corazón, cuando le sale al encuentro algun enemigo de buena fé, i pronto a seguir la verdad tan luego como la vea lucir.

Mas, si el espíritu del hombre suscita a los ministros de la Iglesia, obstáculos sin cuento, mas numerosos i casi insuperables son aquellos que les suscita el corazón, al querer tocar las fibras delicadas de las pasiones que lo ajitan: preciso es, en efecto, que el sacerdote ataque al corazón humano en lo que tiene de mas íntimo, al mismo tiempo que en aquello que exteriormente es mas capaz de cautivarlo; i aquí es donde mas fatigosa se hace la lucha i donde mas deben redoblar los esfuerzos de la caridad: porque habla el sacerdote i a su voz resuenan en el fondo del corazón ya culpable las terribles palabras del Precursor a Herodes: *non licet! eso no te es permitido!* sucediendo entónces que necesariamente ha de revelarse i sublevarse el corazón i rechazar la voz que lo llama al deber: por eso es que se hace preciso

F-1508

huir del sacerdote siendo como es censor del vicio; por eso es que se hace forzoso rechazar su doctrina siendo esta como es la sentencia condenatoria de toda vida criminal; por eso es que viene a ser irresistible la necesidad de aborrecer al sacerdote i su doctrina!

La dificultad se complica mas i mas si fiel a su mision, ataca el sacerdote todo aquello que cautiva exteriormente los sentidos; porque son esos otros tantos golpes que hieren el corazon i cuando el corazon está herido, es fuerza que ceda o se vengue. Si cede, es cristiano i el sacerdote ha ganado la victoria; si se vengue, le aborrece doblemente i lo emplea todo para satisfacer los sentimientos de su venganza i de su odio: libros, periódicos, hojas volantes, producciones de todo linaje.

Somos los primeros en aplaudir todo estudio noble, todo progreso verdadero que tienda a difundir en los pueblos principios de orden, de sabiduría i de moral, así como también la propagacion de estos buenos principios por medio de la prensa; pero cuando la ciencia se abate a celebrar la impiedad i el vicio, se degrada; cuando la prensa esparce estas obras de la degradacion de la ciencia, bien merece participar de la infamia de aquella; i cuando de comun acuerdo, se unen la prensa i la ciencia para corromper i para pervertir, bien tenemos derecho de maldecir a una i otra en nombre de Dios. I no se nos acuse de retrógrados i liberticidas, no se nos rache en cara con el sonoro nombre de *libertad*, porque es preciso comprender la libertad ántes de lanzarse a abusar de ella.

Sí, "Dios ha criado al hombre libre i lo ha dejado, dice la Escritura, en manos de su consejo, concediéndole la eleccion entre el bien i el mal," pero al crearlo libre ¿lo ha criado acaso independiente de toda regla? No! "que le ha impuesto sus preceptos i sus mandamientos," i bien que seamos libres de seguirlos o contravenirlas, toda infraccion de estas leyes es una culpa, porque es el abuso de esta libertad. Dejemos, si no, hablar otra vez mas al célebre Guizot.

"El hombre conoce que es libre, tiene la conciencia su libertad; se ve, se encuentra libre, del mismo modo que se ve i se siente con sensibilidad, con reflexion, con juicio... pero al mismo tiempo que se siente libre, al mismo tiempo que reconoce en sí mismo la facultad de comenzar con su sola voluntad una serie de hechos, reconoce también que su voluntad se halla bajo el imperio de cierta lei, que, segun las ocasiones a que se aplique, toma nombres diversos, lei moral, razon, buen sentido, &c. Es libre, pero en su propio pensamiento se ve que no es arbitraria su libertad; que puede usar de ella de una manera insensata, injusta, criminal, sin que por ello deje de conocer cada vez que así procede que hai una regla que debe presidir sus acciones. La observancia de esta regla es su deber, la tarea de su libertad." Dejar esta regla, abandonar esta tarea, no es ya libertad sino licencia, i quién se atreverá a sostener en hecho como en derecho que la licencia sea un atributo del hombre i por consiguiente permitida?

En un siglo en que cada cual inventa una palabra a su amaño para espresar mejor su pensamiento, bien pudieramos llamar esta licencia de la prensa, que es uno de los mas terribles obstáculos para la mision del sacerdote, un crimen de *lesa-civilizacion*; porque atacar la religion i la moral, es atacar los fundamentos de toda sociedad, i minar la sociedad por sus bases fundamentales, es detener abiertamente los progresos de la verdadera civili-

zacion. Qué es, si nó, la civilizacion? No es una progresion constante, lenta unas veces, rápida otras, hucia el bien intelectual i moral?

Entendida en este sentido no puede por consiguiente tener mayores enemigos que esos hombres cuya vida es un acto perpetuo de hostilidad contra la fé i las buenas costumbres: grande es, sin duda, el número de esos tales i estremada su audacia, pero qué importa? Venga el sacerdote con su fé, venga con sus enseñanzas divinas, lleno de compasion por el hombre i tronando contra las malas doctrinas i las vías culpables de tantas almas extraviadas: indudablemente que se le atacará, se le insultará, se le calumniará; pero esto no puede ni debe detenerlo, i verdadero civilizador de los pueblos continuará su camino, hablando, predicando, enseñando.

Harto conocido es hasta la trivialidad el infame consejo de Voltaire a sus discípulos, *mentid, mentid, que siempre quedará algo!* i si de la mentira queda siempre alguna cosa, por qué no habria de quedar algo de la verdad? acaso la palabra de Dios vira i eficaz ha de tener ménos fuerza que una palabra que no tiene mas duracion que la duracion del error, ni mas poder que el del odio? Solo la verdad es estable i eterna, i la verdadera grandeza no consiste sino en poseerla, la verdadera felicidad en defenderla i propagarla. Tengamos, pues, valor, i si es que necesitamos de nobles estímulos pasemos nuestras miradas sobre el gran número de fieles que nos rodean, que parecen no esperar mas que nuestra voz para triunfar del pecado i sacar victorioso el sentimiento de la religion: el exceso mismo del odio religioso o de la inmoralidad de aquellos cuyas producciones alimentan las preocupaciones i las malas pasiones de la multitud, sirve admirablemente para la conversion de muchos a la verdadera fé i a la sana moral... En una palabra, son grandes los obstáculos que estorban nuestra mision, pero predichos como lo estan, deben servir por eso mismo para reanimar nuestro celo, para que, a fuer de lejitimos ministros de Dios, vivamos la vida de nuestro Maestro, vida de luchas, vida de pruebas, vida de abnegacion.

Si nuestra mano persigue al vicio, nuestro corazon ama al hombre culpable: si nuestra boca se abre para clamar en la prensa, en el púlpito, en la conversacion privada, en todo tiempo como en todo lugar, contra toda doctrina perversa, nuestros labios bendicen al mismo tiempo a los pecadores i perdonan las debilidades humanas. La consigna de todo buen sacerdote nos la ha dejado escrita el Apóstol San Pablo: *Se nos maldice, bendigamos; se nos persigue, sufrámoslo; se nos colma de injurias, respondamos con la oracion!*

FANFARRONADAS DE LOS GOLGOTAS—PROCLAMA DE PRADILLA.

La guerra, provocada por el Directorio revolucionario de Bogotá, tuvo por muchos meses un vocero que la predicara i la enconciendara eficazmente, i este fué el Redactor del *Tiempo*, periódico que se publica en la capital.

Semana por semana iba probando el jefe de los radicales, en los números de su periódico, cuán fácil era la empresa de derribar al señor Ospina i cuán necesaria. A sus ojos el Gobierno jeneral no tenia apoyo en la opinion, carecia de amigos i de sostenedores: era un Gobierno inepto para mandar, i que seria impotente para defenderse llegado el caso; Gobierno que vivia sin plan para lo fu-